

deró de Melilla, poblacion perteneciente á los moros sobre la costa de África.

Entre tanto Cárlos VIII moria meditando otra invasion en Italia, y le sucedia en el trono y en sus proyectos Luis XII. Se unió con Fernando para conquistar y repartir entre ambos el reino de Nápoles. Gonzalo de Córdoba se apoderó en efecto de él, y mandó al príncipe de Nápoles cautivo á España, donde aunque fué tratado con grande consideracion, no se le dió libertad.

Los moros que habian quedado en la Península, llamaron en aquel tiempo la atencion del monarca. Muchos de los privilegios que se les habian concedido habian sido violados, y la opresion que sufrían impacientemente, les indujo á rebelarse: reunidos en las montañas de las Alpujarras, contaban con lo inaccesible del terreno para sostenerse mientras les llegaban auxilios de África; pero repentinamente, Fernando con su ejército, que habia superado todas las dificultades, se presentó delante de ellos: allí el rey les concedió una capitulacion, por la cual se permitió á todos los que no querian vivir bajo un gobierno cristiano, emigrar á la África, pagando una cantidad no muy grande, por cada familia.

El dinero de los moros sirvió para pagar las tropas de Italia que empezaban á murmurar y rehusaban obedecer, si no se les pagaban los sueldos atrasados que se les debian. Una vez satisfechos, Fernando rompió las negociaciones con que se habia entretenido á Luis XII, y Gonzalo cubrió con sus tropas todo el reino de Nápoles: los franceses se opusieron en vano, y la batalla de Cevifola, en que el general francés duque de Nemours, y la mayor parte de su ejército murieron en el campo del combate, estableció la total superioridad de los españoles. La capital abrió sus puertas al vencedor, las demas ciudades siguieron su ejemplo, y Gaeta despues de algunos esfuerzos se entregó á Gonzalo, que quedó dueño de todo el reino. Luis hizo grandes preparativos para atacar á Fernando: tres ejércitos y una escuadra debian acometer al mismo tiempo la península y sus dominios estrangeros, y humillarla en el mar: la fortuna no abandonó á la pericia de Fernando, y los tres ejércitos rechazados y derrotados, y la escuadra habiendo perdido inútilmente su tiempo y costos en los mares, aumentaron la gloria de las armas españolas.

Esta felicidad fué turbada por la muerte de la reina Isabel, que falleció en Madrid á la edad de 68 años. Los grandes sucesos de la monarquía habian dependido mucho de la cooperacion que ella habia prestado á su marido, y algunos se debian á ella sola, como el descubrimiento del nuevo mundo. Colon murió á poco; pero

la historia del nuevo continente no puede separar de sí misma los nombres unidos de la reina y del almirante.

El gobierno del reino de Castilla, cuya soberana habia muerto, era ahora un objeto de discordia. Tocaba á Juana, su hija, casada con el archiduque Felipe el Hermoso; pero el juicio de esta princesa la hacia incapaz de tomar el gobierno. Verdad es que tenia un hijo Cárlos; pero este niño que crecia para grandes empresas, no estaba aún en edad de que pudiese pensarse en él: así fué que Isabel al morir dejó á su esposo la regencia, mientras su nieto Cárlos cumplia veinte años. Pero Felipe se aprovechó de la primera ocasion para pretender que Fernando le entregase la regencia, y se retirase á Aragon. Despues de una larga série de intrigas por una y otra parte, al fin el viejo monarca cedió: Felipe quedó regente á nombre de su esposa é hijo, y Fernando quedó rey de Aragon, gran maestre de las Ordenes y con derecho á la mitad de las rentas del nuevo mundo, como lo habia dispuesto Isabel. La regencia, sin embargo, se presentaba pronosticando malos acontecimientos. El archiduque que preferia á sus cortesanos flamencos, y despreciaba á los grandes castellanos que le habian ayudado á subir al trono; sus costumbres poco regulares no demostraban grande amor á la reina, y tal vez aquello hubiera tenido desgraciada terminacion; pero la muerte le sorprendió y la regencia de Castilla quedó de nuevo acéfala. Esta muerte trastornó aun mas el juicio de Juana, que amaba con pasion á su marido, y que rehusándose á que permaneciese en el sepulcro el cadáver, pasaba los dias enteros á su lado esperando el momento en que recobrase la vida, ó alimentando su dolor y su amor.

La mayoría de los castellanos llamaba entonces á la regencia á Fernando: otros, sin embargo, temian la venganza de éste por el favor que antes habian prestado al archiduque, y querian que Macsimiliano, emperador de Alemania y abuelo paterno de Cárlos, tomase el poder como tutor natural de su nieto. Este príncipe, sin embargo, abandonó la empresa á las primeras dificultades que se presentaron. Hallábase Fernando ausente á la sazón, y le importaba tanto pasar por sí mismo á certificar de la fidelidad de Gonzalo de Córdoba, en Italia, que ó por este motivo, ó por la confianza que tenia en su derecho y en el ministerio español, prosiguió su viage á Italia.

Entre los partidarios del rey de Aragon estaba el cardenal Jimenez de Cisneros. Nacido de una familia distinguida, pero de poca fortuna, sus circunstancias é inclinacion le hicieron ordenarse. Su carrera fué brillante, y obtuvo sin trabajo beneficios que le elevaron á los más